LIBRO dot.com

La pastorcita y el deshollinador

Hans Christian Andersen



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

¿Han visto ustedes alguna vez un viejo y enorme armario de roble, ennegrecido por los años y adornado con molduras en forma de follajes y figuras diversas? Pues bien, en la sala había un armario así, llegado a poder de la familia por legado de la bisabuela. Un armario cubierto de rosas y tulipanes tallados, y también -siempre esculpidos en la madera- unos curiosos rollos como de pergamino, por entre los cuales asomaban cabecitas de ciervos con sus cornamentas.

En la puerta de aquel armario, en el mismo medio, se veía tallada una figura humana de lo más ridícula. Lo miraba a uno haciendo una mueca, pues nadie hubiera podido decir que aquello era una risa. Tenía patas de chivo, cuernos y larga barba. Los chicos le llamaban "el Capitán Patas de Chivo". Allí estaba mirando siempre hacia la repisa que quedaba debajo del espejo, donde permanecía de pie una encantadora pastorcita de porcelana, con zapatos dorados y un vestido adornado por una gran rosa roja. Tenía también sombrero, y un cayado, dorados ambos y muy brillantes y bonitos.

Al lado de la pastorcita se veía un pequeño deshollinador, también de porcelana y negro como el carbón de piedra. Y sin embargo estaba tan pulido y limpio como cualquier otra figura de porcelana, sólo que representaba un sucio deshollinador de chimeneas, así como pudieron haberlo hecho príncipe, si al artesano que lo modeló se le hubiera antojado. Sostenía con aire de destreza una escalerilla, y su rostro era tan rubio y sonrosado como el de una niña. En verdad esto era un error, pues lo razonable hubiera sido que le pusieran algunas manchas negras. Como se ha dicho, él y la pastorcita quedaban muy próximos en la repisa, y en esa proximidad no tardaron en enamorarse uno del otro. Eran pareja adecuada, pues ambos estaban hechos de la misma clase de porcelana, y como consecuencia de ello igualmente frágiles.

Cerca de los dos novios se veía otra estatuilla más, también de porcelana, aunque de tamaño mayor que el de la pareja. Era un viejo chino que podía mover la cabeza, y que pretendía ser el abuelo de la pastorcita, sin poder demostrarlo. Y por cierto que también se atribuía autoridad sobre ella. Así, pues, cuando el Capitán Patas de Chivo le pidió a la pastorcita que fuera su esposa, el viejo chino meneó la cabeza para expresar su aprobación.

-Tendrás un marido -dijo a la pastorcita- que según creo está echo de caoba. Y te convertirás en nada menos que la esposa del Capitán Pata de Chivo, que tiene todo un armario lleno de vajilla de plata guardada en cajones secretos.

-No quiero ir a ese armario oscuro -dijo la pastorcita-. He oído decir que el capitán tiene ya en su interior once esposas de porcelana.

-En ese caso tú serás la número doce -respondió el viejo chino-. Esta noche, en cuanto oigas unos golpecitos como de llamada en el armario, te casarás, tan cierto como que yo soy chino.

Y dicho esto inclinó la cabeza y se quedó dormido.

La pastorcita lloró mucho y llamó a su novio, el deshollinador de porcelana. Y le dijo:

-Tengo que suplicarte que huyas conmigo, y me lleves al mundo exterior. No podemos quedarnos en este sitio.

-Haré lo que tú quieras -respondió el pequeño deshollinador-. Vámonos ahora mismo. Creo que seré capaz de mantenerte con mi profesión.

-¡Siquiera estuviésemos ya seguros en el suelo! -exclamó ella-. No seré feliz hasta que estemos los dos afuera, bajo el cielo abierto.

Él le dio ánimo lo mejor que pudo y le mostró cómo debía colocar su piececito sobre el borde tallado y los ornamentos de hojas de la repisa. Puso su escalerilla para ayudarla, y de esa manera consiguieron ambos llegar al suelo. Pero al mirar hacia el armario advirtieron que reinaba allí un gran alboroto. Los ciervos tallados meneaban la cabeza, sacudiendo sus cornamentas. El Capitán dio un verdadero salto en el aire y gritó, dirigiéndose al chino:

-¡Se escapan! ¡Se escapan!

Los dos fugitivos, en su alarma, se precipitaron a esconderse en el cajón de un pequeño mueble situado bajo la ventana. Había allí tres o cuatro mazos de cartas, no del todo enteros, y un teatrito de juguete muy finamente construido. En el teatrito estaban representando una comedia, y todas las reinas de diamantes, tréboles, corazones y picas la presenciaban desde las primeras filas, abanicándose con tulipanes. Detrás de ellas se sentaban los caballeros, es decir las sotas, cada uno con una cabeza hacia arriba y otra hacia abajo como tienen generalmente los naipes. La pieza versaba sobre un amor contrariado, cosa que hizo llorar a la pastorcita por su semejanza con su propia historia.

-No puedo soportarlo -dijo-. Tengo que salir de este cajón.

Cuando llegaron al piso y levantaron la vista hacia la repisa, vieron al viejo chino despierto y agitándose en movimientos convulsivos, hasta que pronto se vino abajo y fue a dar en el suelo.

-¡El viejo chino viene! -exclamó la pastora asustada, y cayó de rodillas.

-Yo tengo una idea -dijo el pequeño deshollinador-. Metámonos dentro de esa muñeca en forma de jarrón, llena de objetos en desuso, que está allí en ese ángulo. Ahí podremos echarnos sobre hojas de rosa y de lavanda, y echarle al chino sal en los ojos si se nos acerca.

-¡No, nunca! -repuso la pastora-, pues yo sé que el chino y esa muñeca estuvieron enamorados en otro tiempo, y entre dos que se han querido siempre queda algún

sentimiento de buena voluntad. No; sólo nos queda una salida, y es irnos afuera, al mundo exterior.

-¿Y tendrás de veras el valor suficiente para salir al mundo exterior conmigo? ¿Has pensado lo grande que es el mundo, y que no volveremos jamás a nuestro rincón?

-Sí que lo he pensado.

Al ver el deshollinador que ella estaba enteramente resuelta, dijo:

-Mi plan es meternos en el hogar de la chimenea y subir por el tubo, contando con que tú tendrás valor para ello. Dentro del tubo de la chimenea yo sabré muy bien cómo conducirme. Pronto estaremos demasiado altos para que nadie pueda alcanzarnos, y saldremos por el agujero de arriba al mundo exterior.

Y la condujo hasta la portezuela de la chimenea.

-Está muy oscuro esto -dijo ella. Pero entró con él, pasó por sobre el hogar y se introdujo en el tubo, negro como un profundo pozo.

-Ya estamos en la chimenea -dijo el deshollinador-. ¡Y mira! ¡Hay una hermosa estrella brillando arriba!

En efecto, era una estrella que lucía sobre ellos como si quisiera indicarles el camino. Subieron y subieron, por aquel lugar horrorosamente escarpado. Él le iba mostrando a la pastorcita los mejores apoyos para colocar sus piececitos de porcelana. Por último llegaron a la salida de la chimenea y se sentaron en el borde, rendidos, como cualquiera podría imaginarse. Sobre sus cabezas veían el cielo cubierto de estrellas, y a sus pies los techos de la ciudad. Podían divisar una vasta extensión del mundo, y la pobre pastorcita reclinó la cabeza sobre el hombro del deshollinador y lloró hasta que las lágrimas se llevaron todo el dorado de su cinturón. Tan diferente era el mundo de todo lo que ella había esperado.

-Es demasiado para mí -dijo-. No puedo. ¡El mundo es tan grande! ¡Oh, cómo quisiera estar de nuevo en la repisa, bajo el espejo! No podré ser nunca feliz hasta que regrese allí otra vez. He venido contigo al mundo exterior; ahora tienes que llevarme de vuelta allí si es que me quieres.

El deshollinador trató de razonar con ella; le habló del viejo chino y del Capitán Patas de Chivo. Pero ella sollozó amargamente y lo besó con tanto desconsuelo que el deshollinador se vio obligado a hacer lo que le pedía su pastorcita, aunque era una locura. Y así, con gran trabajo y esfuerzo, bajaron por el tubo de la chimenea, y volvieron a cruzar el hogar, lugares todos muy poco agradables. Y permanecieron detrás de la puertecilla, en la oscuridad, escuchando y atisbando lo que ocurría en la habitación. Todo estaba en silencio. El viejo chino, estaba tendido en el piso, bajo la mesa, donde había

quedado al intentar perseguirlos, roto en tres pedazos. Tenía el tronco separado completamente, y su cabeza había rodado hasta un rincón. El Capitán seguía en su lugar; parecía absorto en profundos pensamientos.

-Es terrible -dijo la pastorcita-. Mi pobre abuelo hecho pedazos, y todo es culpa nuestra. Nunca podré vivir en paz después de esto.

Y se retorció las manecitas.

-Eso se puede arreglar -la consoló el deshollinador-. Se puede arreglar. No te aflijas. Si le ponen en la espalda un poco de cemento y un buen remache puede quedar como nuevo y volver a decir tantas cosas feas como antes.

-¿Lo crees? -dijo ella. Y ambos treparon hasta la repisa y fueron a colocarse en sus respectivos lugares de antes.

-Para lo que hicimos -comentó el deshollinador-, más hubiera valido quedarnos aquí, en lugar de tomarnos tanto trabajo.

-Yo quisiera que arreglaran a mi abuelo -dijo la pastorcita-. Me pregunto si costará mucho el arreglo.

Y vio cumplidos sus deseos. La familia hizo componer al chino; al cual le pusieron un fuerte remache en el cuello. Quedó como nuevo, pero ya no podía mover más la cabeza.

-Te has puesto muy orgulloso desde que te caíste y rompiste en pedazos -opinó el Capitán Patas de Chivo-. No hay razón alguna para que te des tanta importancia. ¿Me concedes su mano o no?

El deshollinador y la pastorcita miraron ansiosamente al viejo chino, temiendo que inclinara la cabeza en señal de aprobación, pero ese gesto ya no fue posible. Y, por lo demás, era algo muy molesto decir a los extraños que no podía mover la cabeza porque tenía un bulón en la nuca.

Y de ese modo, la pequeña pareja de porcelana permaneció unida, contenta con la compostura del abuelo, y siguió queriéndose hasta la muerte, es decir, hasta que alguien los rompió en pedazos.